

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

1º DE OCTUBRE DE 1893

Nº 43

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO-CARACAS-VENEZUELA
DIRECTOR: **MANUEL REVENGA**

EDICION BIMENSUAL
DIRECCIÓN: **EMPRESA EL COJO**
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Pbro. Dr. Juan B. Castro.—El Gallo del Campanario, por Eugenio Montón (Merinas).—Bajo relieve, de Ismael Henrique Arciniegas.—Don Pablo Ramella, por la Dirección.—El pudor, por J. A. Pérez Calvo.—Viaje del alma, por Félix Montes.—Leyenda Histórica, por Pedro Manrique.—El credo del amor, por Alfonso Daudet.—De donde viene el mal, por el conde León Tolstoy.—Bibliografía, por la Dirección.—Genium, por don José Antonio Calcaño.—Íntimas, por Miguel Eduardo Pardo.—Junto al Rhin,

por Ismael Henrique Arciniegas.—NUESTROS GRABADOS.—José Ramón Betancourt, por la Dirección.—Revista de la Quincena, por Eugenio Méndez y Mendoza.—El Pescador de Is'andía.

GRABADOS.—Pbro. Dr. Juan B. Castro, de fotografía.—Don Pablo Ramella, de fotografía.—Doña Luisa G. Calderón, de fotografía.—Don José Echegaray, de fotografía.—Don Leopoldo Burón, de fotografía.—El Ángel de la Guarda.—José Ramón

Betancourt, de fotografía.—No está en casa, dibujo de J. Herterich.—Casa construida por el señor Ramón Montilla Troanes, en Valencia (Venezuela), de fotografía.—Calles de Buchibacoa y El Acueducto en Coro (Venezuela), de fotografías.—Calle Real de Valencia (Venezuela), de fotografía.—El Paraíso, en la ribera del Guaire, de fotografía de Lessmann.—Colección de tipos populares de Caracas: Niño andando, de fotografía.—Anuncios.



PBRO. DR. JUAN BTA. CASTRO
Arcediano de la S. I. M.

PBRO. DR. JUAN B. CASTRO

Publicamos hoy el retrato del señor Presbítero Doctor J. B. Castro, Arce-diano de la S. I. M. é individuo de número de la Academia Venezolana, en la cual acaba de ser recibido. Bien hubiéramos querido decir mucho en elogio del respetado amigo, pero accediendo á una especial exigencia que él mismo nos ha hecho, nada más añadimos.

EL GALLO DEL CAMPANARIO

La villa de Saint-Vrain-sur-Mesle está con justicia orgullosa de su iglesia. Este monumento es una maravilla del arte ojival. Fué construida por los premonstratenses, quienes tenían allí su casa matriz y durante muchos años consagraron á esa obra la mitad de sus cuantiosísimas rentas.

La orden hallábase á la sazón en el apogeo de su poderío y de su riqueza; y los frailes, para elevar hasta las nubes el arranque de su piedad y la gloria de San Agustín, patrono suyo, quisieron que el campanario de su iglesia superase á todos los de Borgoña.

Este campanil, enteramente esculpido como un encaje, igual que todo el resto del monumento, elévase en un sólo cuerpo hasta la altura de trescientos pies; y desde allí, sobre una plataforma rodeada por un balconcillo de hierro forjado, sube hasta cien pies de elevación una aguja coronada por una cruz florida.

La aguja es octagonal, con una línea de piedras salientes á lo largo de cada arista.

Los arquitectos de este edificio no parecen haber caído en la cuenta de que hubiera de tocarlo nunca, y como si se hubiesen propuesto reservar su cima á las aves ó á los ángeles, no dispusieron ninguna subida hasta ella. A partir de la plataforma, no hay escalera, ni escala en lo interior; por fuera, la techumbre lisa y pulimentada, sin más relieve que las piedras salientes de las aristas y el rodete redondeado de las losas que forman la cubierta.

La torre de Saint-Vrain parece destinada, por siglos aún, á justificar la ciega fe que sus constructores tuvieron en su eternidad. Desde hace cuatro siglos que está en pie, ni lluvia ni sol, ni viento, ni rayo, le han podido arrancar una piedra, un grano de cemento. Comiénzase á creer que es indestructible; y en la comarca se susurra al oído que más de una vez, luego de una tormenta, á la madrugada, antes de que se despierten los vecinos de Saint-Vrain, manos invisibles han ido á componerla.

Por otra parte, preciso es convenir en que en una región un poco supersticiosa (porque Saint-Vrain está en pleno Morvan), el aspecto y la traza de esa espadaña se prestan por singular manera á las leyendas de todo género á que da margen.

Su prodigiosa altura parece duplicarse por la pequeñez del caserío que á sus pies se acurruca: se ve que si por desgracia se llegara á caer, aplastaría á la villa de un solo golpe. Positivamente, en el fondo, lo han temido así.

Es tan atrevida, tan esbelta, que apenas se concibe cómo puede sostenerse. Aseguran los campaneros que en los grandes ventarrones se balancea como un chopo, y que más de una vez les ha dado terror al sentirse mecidos así entre sus piedras.

Aunque rigurosamente conformes sus perfiles con los principios más puros y exquisitos del arte ojival, tienen arranques y atrevimientos que ponen carne de gallina y dan sudores fríos. Aparte de los campaneros, que nunca pasan de la parte de la torre donde están suspensas las campanas, nadie se ha determinado jamás á subir hasta la plataforma, salvo el inspector de los monumentos históricos, quien afirma haberlo hecho. Esta plataforma, saliente como un canastillo, es tanto más pavorosa cuanto que tres de sus lados caen á plomo sobre el atrio de ingreso, empedrado con anchas losas blancas que relucen al sol. La balastrada, que apenas llega á la altura de la rodilla, está tan próxima al muro, que hay espacio preciso para deslizarse nada más; y á medida que se cambia de sitio, andando de costado, para dar la vuelta al balcón, siéntese, sobre

todo al pasar por los ángulos del chapitel, el roce de la pared cual si os empujase al vacío.

Quien tuviese bastante sangre fría para examinar las esculturas de aquella parte de la torre, no podría mirar sin turbarse los extravagantes adornos y las figuras verdaderamente demoníacas que se retuercen y fisgan sardónicas en todas las rinconadas y en todos los salientes. Refiere una rancia tradición, que un extranjero que hace más de cien años se empeñó en subir á la plataforma, bajó de ella loco por haber mirado con fijeza cierta figura de diablo en cuclillas y con la barba apoyada encima de los puños.

Sin embargo, como en último término la pobre humanidad siempre encuentra medio, valga lo que valga, para proporcionarse un poco de buen tiempo entre lo que teme y lo que sufre, los vecinos de Saint-Vrain vivían en paz con su campanario, no sin mirarlo á veces con el rabillo del ojo, con aire equivoco. Por lo demás, salvo la historia del extranjero que se volvió loco, no se recordaba, ningún vivo á quien hubiera causado ninguna desgracia. Aún durarían hoy las relaciones de buena vecindad entre la humilde parroquia y la formidable torre, si un accidente inesperado (eso sí, producido por un poder digno de adversario tan colosal) no hubiese venido á inferir menoscabo á la majestuosidad del monumento arrancándole la más alta de sus insignias. El rayo había herido al gallo del campanario: no quedaban de él sino jirones.

Este suceso causó nueva turbación en todos los ánimos. Las gentes supersticiosas veían en ello un presagio funesto para la iglesia, para la villa, para las cosechas; los feligreses ilustrados afligíanse como por un accidente irreparable que iba á privar á la villa de la única veleta merecedora de confianza. Y en último extremo; siempre había habido un gallo en la torre de la iglesia, y de ahora en adelante nunca más lo habría. Estábase habituado á ese gallo; y se le amaba tanto más, cuanto que se le había perdido y no había esperanza ninguna de reemplazarlo, puesto que, según parecer unánime de todo el mundo, tenía por cosa imposible llegar hasta la punta de la aguja para poner allí otro.

Como en todas las ocasiones en que se prepara una gran calamidad, una siniestra sombra de sobrenatural había venido á proyectar su misterio en este acontecimiento: á fuerza de contemplar los restos del gallo fulminado que permanecían adheridos é inmóviles en lo alto de la cruz, acabóse por descubrir con espanto que, visto desde la puerta del presbiterio, este objeto informe destacaba el recorte de la estampa del demonio, pero tan parecido, que podía verse en ello algo más que un simple capricho de la casualidad.

Y es el caso, según todo el mundo lo sabía, que el hienaventurado Pancracio, prior de los Mostenses, hallándose un día en oración y pensando con exceso en la futura grandeza de su iglesia, que á la sazón estaba fabricándose, el diablo le había metido maliciosamente bajo la capucha un pensamiento de orgullo; y que el bienaventurado, mientras hacía á escape un acto de contrición, con mucho tiento había sacado del cinturón el rosario, se lo había arrojado al cuello al demonio, y, después de obligar á ese pícaro á dar tres ó cuatro vueltas por la celda rociándole con agua bendita, le había condenado á mantener en buen estado la iglesia, desde los cimientos al ápice de la cruz, *usque ad consummationem seculorum*.

Pero no había mentado el gallo. La leyenda no decía ni una palabra del gallo. Vefase claro que el demonio se vengaba hoy en el pobre animalito.

El deán de Saint-Vrain, que era un sacerdote muy ilustrado, no tardó en tener conocimiento de esas necias historias. Tomó pretexto de ellas para amonestar severamente en una plática fraterna á los supersticiosos temerarios, que no reparaban en barajar el nombre de Satanás con la historia del más venerando de los fundadores de la iglesia; y terminó prohibiendo á su grey que hablase más del asunto, advirtiéndoles por añadidura que iba á colocarse de nuevo el gallo.

Tan pronto como se difundió por la villa esta noticia, produjo en ella un inmenso alivio. A la vaga ansiedad que oprimía todos los corazones, sucedió ese inexplicable jolgorio de un pueblacho que á la postre va á tener su acontecimiento. Porque sería un acontecimiento: el campanario iba á recobrar toda su gloria, se haría la mamola al diablo; además (dicho sea entre nosotros, esto era el fondo de todo aquel regocijo), se iba á presenciar uno de esos dramas vertiginosos en que el espectador, desde el seno de la más perfecta seguridad, ve á uno de sus semejantes en lucha á brazo partido con la muerte y con el destino.

Nada parece más sencillo y á sus anchas que un gallo de hoja de lata girado á todos los vientos en la punta de un campanario; pero lo di-

fícil no es verlo allá, sino colocarlo. Cuando la junta de fábrica se puso á deliberar acerca del modo cómo podrían arreglárselas para dar al gallo reemplazo, entonces entraron los grandes apuros. En vano se registró en el archivo de la iglesia, para saber qué dimensiones habrían de dársele; fué preciso entablar correspondencia con muchos curas de capitales de provincias. Transcurrió un mes en tales preliminares, cuya conclusión fué que el cuerpo del gallo, sin incluir la cabeza y la cola, debía ser de las proporciones de un carnero; que se construiría de zinc galvanizado, de dos milímetros de espesor y unos diez kilogramos de peso; y que en París, con unas señas que les indicaron, se encontraría quien lo construyese.

Quince días después, empaquetado con sumo esmero, desembarcaba el gallo en la casa rectoral, donde, en seguida que lo sacaron de su caja, fué expuesto á la curiosidad y admiración de los fieles.

En los pocos días que duraron sus recepciones, ese avechicho no se mostró de lo más agradable para con los visitantes: su cresta, recortada en agudos dientes, desgarró con crueldad los labios á un nene que desde los brazos de su madre habíase inclinado para besar la cabeza del pajarraco; su pico rasgó la piel de la frente de una niña á quien unos chicuelos habían empujado á fuerza de apiñarse á empellones en torno del gallo, para verlo más de cerca; la punta de su cola se enganchó en la sotana del cura y le hizo un siete fenomenal.

¡Cosa que pasma! Hasta los mismos animales parecían sentir, al verlo, una repulsión con mezcla de terror: el perro del señor cura no pasaba por su lado sino gruñendo, bajando torcida la cabeza, y cuando estaba un poco lejos, volviéndose para ladrar; á veces iba el gato á sentarse delante de él, mirábale con extrañeza con sus verdes ojos, se levantaba después, enarcabando el lomo erizado y se largaba de allí, trazando en el aire con el rabo á lo zorro fantásticas circunvoluciones. Aquella influencia nefasta había concluido por perturbarle el ánimo al mismo cura párroco, hasta el punto de que un día, con motivo de hablarse acerca de colocar en su sitio el gallo, ese digno sacerdote no pudo impedirle de decir á su primer vicario:

—Escuche usted, mi querido colega, no puedo menos de confesarle que tengo muchísimas ganas de que me quiten de enmedio este feo bicharraco.

Y, ya fuese remordimiento por ese relámpago de superstición, ya funesto presentimiento, miró un instante al espacio, inclinó la cabeza é hizo la señal de la cruz.

Ahora que ya conocen ustedes el lugar de la escena y el prólogo de la tragedia, voy á mostrarles la víctima.

El hombre que entra en este momento en la sala de la casa rectoral, es él: ese es quien va á morir.

¿Qué importa saber quién es, de donde viene, como se llama? Si se quiere es el primero que llega, el artesano que por casualidad se encontró allí en el momento de necesitarse un obrero de su profesión. En fin, repito, es un hombre. ¿No saben ustedes bastante con eso?

Ahí está, tan confiado en su propia vida como puede estarlo usted mismo en la suya propia en el momento en que le hablo. Gorra en mano, escucha con deferencia las palabras del sacerdote, meneando suavemente la cabeza á medida que le explican lo que se ha de hacer, computando con aire reflexivo é inteligente las dificultades y los gastos de su trabajo. Se pasa la mano por la frente; luego, acariciándose la barba, fija el precio de su salario: tanto por las cuerdas, tanto por los ganchos y anillos, tanto por el trabajo....

¿Y por la vida?

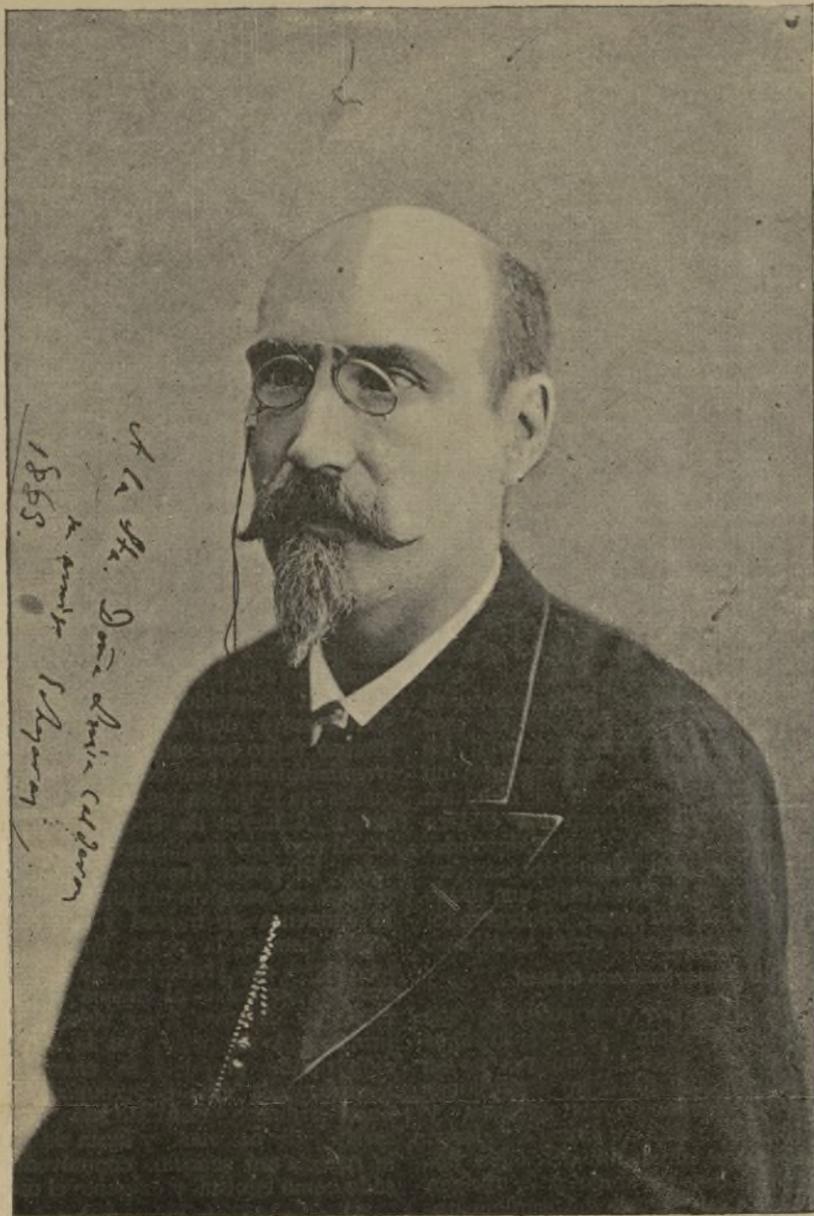
El riesgo no se paga; eso es asunto del plomero. Trato hecho. Saluda sonriéndose y se retira. Va á pasar la puerta.

El buen párroco, presa de una repentina ansiedad horrible, le grita que se detenga, le pregunta con tierna voz si está bien seguro de sus fuerzas y de su valor, si no teme que le acometa el vértigo, si ha previsto y calculado bien todos los riesgos de esta empresa.

El hombre le mira con aire sorprendente, se arremanga para enseñarle los brazos, golpea con la mano los enormes muslos, ensancha el pecho, y, levantando la cabeza, yérguese como un Titán pronto á escalar el cielo.

Llega el momento. El sol ha salido hace dos horas. Refrescado por un buen sueño, restaurado por una sólida refacción, el bravo plomero sube los peldaños del campanario, seguido de dos ayudantes que conducen hasta la plataforma el gallo, la pértiga y el cordaje.

El pueblo en masa de Saint-Vrain, reforzado por la concurrencia de gente de todas las parroquias comarcanas, se agita en compacta muchedumbre al pie de la torre. Gendarmes de centinela van y vienen, con paso cadencioso al rededor del atrio, para mantener vacío un espacio, en el



DON JOSÉ ECHEGARAY

Corazón de hierro templado en el crisol de la desgracia estaba destinado á morir como mueren los mártires de todas las causas con la fe de sus creencias, con la esperanza de un más allá en que han de encontrar seguras compensaciones.

Días después con gran sorpresa suya se encontró á bordo y luego preso en la capital como la vez anterior y aquí volvióse á encontrar con los mismos hombres, el mismo juez, el mismo alcalde quienes á su vez se hallaban en idéntica situación respecto de él sin denuncia formal, sin sumario sustanciado, sin causa abierta, por tanto, y con un reo á quien nadie por nada lograba desencastillar de su impenetrable *yo no sé*.

Y con su mismo sistema, su incontrastable discreción, sin inculpación de nadie y sin producir una queja consiguió segunda vez el mismo resultado, se cansaron de él, lo soltaron y voló á B..... á gozar en el seno de su fiel, constante y trabajadora Angela de la fresca sombra que siempre le ofrecía en el desierto amargo de su vida el único árbol amigo que su triste suerte le había deparado.

Volvióse como siempre tranquilo y reposado, respetable en su silencio, á su humilde trabajo; á reparar su rancho abandonado, á desmontar su conuco, á confiarle nuevo grano y á sudar su pan escaso; á idolatrar á su compañera y á gozar con las sonrisas, los pinicos y balbuceos de su tierno hijo que pródiga Providen-

cia le conservaba sano, gracioso y robusto..... así vivió algunos meses, los mejores de su vida; las pascuas se acercaban y los galleros que tanto abundan en nuestros campos acondicionaban sus respectivas *cuerdas* y se halagaban con soberbias peleas. Por desgracia suya Andrés también era gallero y aunque sin cuerda él ayudaba á los amigos que lo buscaban y ora afilaba las espuelas, ora recortaba las alas, ora asistía á los topes y era por tanto persona en la futura lid que se preparaba.

Viene la noche buena; las hallacas menudean; la conserva de lechoza desborda de las cazuelas; algún pavo gordo no alcanza á Navidad; los joropos no escasean; Andrés comparte el placer; Angela, tanto tiempo sumida en hondo duelo lo acompaña complaciente y todo hacia esperar á aquella humilde pareja que su mala estrella se había ya puesto y que rayaba al fin el sol de su, por tanto tiempo, perdida felicidad.

Buena efectivamente fué aquella noche inolvidable, por rara, en la cual no faltó ni la *misa del gallo* tan simpática, alegre y concurrida en nuestros sencillos pueblos.

Volvían contentos á su rancho cuando los arboles rosados de la mañana comenzaban á matizar las cimas elevadas de los cerros; el río rodaba tiernamente sus ondas cristalinas; los arbustos de la ribera rientes de verdor inclinaban hacia el suelo sus artísticas copas agoviadas bajo el peso de las perlas del rocío; las flores de pascua, en

extensas alfombras, bebían en sus azules cálices los rayos del sol naciente; las *turcas* con amorosos arrullos escondían juguetonas sus cabezas bajo sus alas de armiño; el padre de la luz tendía sobre la tierra su manto de escarlata y la naturaleza toda vestía sus más ricas galas para saludar el día en que veinte siglos atrás viniera á confundirse, en obra de redención, con la familia corrompida del Edén el hijo de María, el Dios-hombre.

En P..... campo cercano estaba la gallera; el camino corría al frente de la casa de Don José; desde la mañana se veían pasar hacia P..... grupos y grupos de hombres y mujeres y muchachos cargados con sacos de gallos y entre aquéllos iba también Andrés.

Juntos fueron todos á la gallera y todos á cual más gozaron á sus anchas de un placer con tanta anticipación preparado.

Los gallos en el circo probaron su fiereza; los hombres, su crueldad, desgañitándose con sus apuestas al *givo*, al *zambo* y al *pataruco*: unos perdieron, otros ganaron; las mujeres bailaron con sus campestres donceles; los muchachos jugaron al boliche, comieron frutas y golosinas, todos bebieron guarapo fuerte y no pocos saborearon el conocido *lava-gallos*, único licor posible dada la escasez é incipiencia del lugar.

Sería la del Ocaso cuando se oyó la distante campana de la hacienda vecina tocando el angelus y aquellas pobres gentes tornaban á su hogar.

Angela en el dintel de su rancho la veía pasar y á todos preguntaba por Andrés.

—Ya viene, no demora, él se venía con nosotros cuando salimos, le contestaban todos..... pero dan las ocho, las nueve..... las diez y Andrés no llegaba todavía.....

Argustada ya con tan extraña tardanza y con su hijo al cuadril sale á informarse; hace comprender su alarma y procura compañía para buscarlo. Se reúnen parientes y amigos, se arman de garrotes, se proveen de hachones y faroles, se llevan consigo algunos perros y vánse por camino y por veredas registrando de puerta en puerta, buscando noticias y..... la noche avanzando pasó sin resultado..... Amanece, vuelven á B..... se espere la noticia de la desaparición; se hace del asunto cuestión local, todos los convecinos se hacen parte, se organizan partidas, se emprende una batida general y en pesquisa constante corren tres noches y dos días..... y nadie duda de su muerte y Angela no come, no vive y se desespera y todos sospechan un crimen perpetrado por primera vez en el caserío y á una y de común acuerdo se proponen descubrirlo.

Para descubrir aquel crimen no bastaba el acendrado amor de una mujer, ni los presentimientos del corazón, ni el interés de la parentela; ni la exacerbación de un pueblo inculto, ni el olfato del perro. Se necesitaba el ojo penetrante del Zamuro que cerniéndose en manadas en el espacio, dominando cerros, valles, quebradas y arbolados denunciara su horrible crueldad.....

En efecto, una manada de esa negra policía, navegantes aereos, que con vuelo majestuoso giraba á poca altura sobre profunda hondonada encerrada entre dos ásperas cuevas destacaba frecuentes exploradores del terreno y tan seguidos eran que llamaron la atención..... los siguieron pues por breñas, malezas y peñascales cuando á poco grita la *mosca* ó descubierta avanzada con grito de rabia y de estupor—aquí, *aquí* está.....

Corren todos jadeantes al punto indicado y á su natural alegría por el encuentro dió lugar á una extentórea exclamación de horror!.....

¡Qué ven! un saco que desgarran con afilado pico los voraces zamuros.....

Se acercan..... ¡qué fetidez!..... abren y encuentran..... los miembros desarticulados de un cadáver en disolución.....

Andrés, gritan unos..... maldición! gritan otros y se lanzan todos sobre aquel saco.

En tanto Angela desgrefñada, hundida, loca, rueda sin sentido por el suelo, los parientes y los amigos lloran y todos rivalizan por recoger aquellos restos para darles sagrada sepultura buscando al mismo tiempo en su mente una vislumbre de luz que aclare las tinieblas del misterio.....

Todo era comentarios, todo divagaciones, todo

una sospecha terrible que nadie adelantaba..... y con tético silencio emprenden su regreso á B.....

Adelante iba Andrés, hecho pedazos, en hombros de la amistad; detrás Angela en los brazos de la desesperación y todos los seguían en patética procesión, unos llorando, otros gimiendo con un volcán de rabia en el corazón.....

Llegan al fin, circula la noticia, se llena el rancho, se aglomera el pueblo, vacían el saco horrible, sepultan el contenido y ya rendida la piadosa tarea, cuando botaban el saco fatal un curioso lo voltea y la marca J. A. denunciaba al matador.....digitus Dei!.....

El afecto busca la víctima, los zamuros descubren su cadáver y Dios indica por modo irrefutable á su cobarde asesino.

Sí. Don José..... Don José Aucizar exclaman todos, el seductor de Angela, el calumniador del Doctor M.....el asesino de Andrés.....

Y aquellas honradas gentes se conmueven, y lanzan horribles amenazas y crece la rabia y la venganza grita con su voz verde-bilis y Don José amedrentado huye á buscar amparo en H.... y la autoridad le dá fuerza armada que á deshoras de la noche lo traslada con su familia al Estado vecino y lo salva de las iras de un pueblo justamente ofendido.....

Las malas lenguas aseguran que Don José murió loco en G.....Angela se eticó; el Cura quedó proscrito y la autoridad.....el General..... el cacique..... tiene todavía influencias en Caracas, amigos en los Gobiernos é impone terror en H.....(*) y sigue matando y amparando seductores y asesinos.....

Soberbia justicia.....Tú también has botado cínicamente la vergüenza!.....

EL CREDO DEL AMOR

CUENTO

Ese había sido siempre su ideal: ser la mujer de un poeta..... Pero el implacable Destino, en vez de la existencia romántica y febril que ambicionaba, le arregló una vida dichosa y muy tranquila, casándola con un rico rentista de Auteuil, amable y dulce, un poco viejo para ella, y que sólo tenía una pasión — completamente inofensiva y pacífica: — la horticultura. El bueno del hombre pasaba el tiempo, con la podadera en la mano, en cuidar, en hacer frondosa una colección de rosales, en caldear la estufa, en regar los arriates; ¡y vive Dios que convendréis en que para un corazoncito hambriento de ideal, todo eso no era bastante! Sin embargo, durante diez años seguidos, su vida se mantuvo rígida y uniforme, como las alamedas enarenadas del jardín de su marido, y la subió por sus pasos contados, oyendo con resignación el ruido fastidioso y seco de las tijeras de jardinería, siempre en movimiento, ó la lluvia monótona, infinita, que caía de las regaderas sobre las tupidas plantas. Aquel horticultor furibundo tenía con su mujer el mismo meticuloso cuidado que con sus flores. Medía el frío y el calor que debían reinar en su salón, lleno de ramos y hojas, y temía que tomase el rocío de Abril ó el sol de Marzo; y como á esas plantas colocadas en cajones que se sacan ó se meten en determinadas épocas del año, así la hacía vivir metódicamente, con la vista puesta en el barómetro y en las variaciones de la luna.

Así vivió ella largo tiempo, aprisionada entre las cuatro paredes del jardín conyugal, inocente como una clemátide, pero con aspiraciones hacia otros jardines menos regulares, menos burgueses, donde los rosales crecieran con todas sus ramas, donde las matas silvestres subieran más arriba de los árboles y estuviesen cargadas de flores fantásticas, desconocidas, en libertad, y acariciadas por un sol más fuerte.

(*) Ya hoy no existe! Dios, valiéndose de un bruto inconsciente salvó á los vecinos laboriosos de H.... de semejante monstruo.

Esos jardines no se encuentran más que en los versos de los poetas; así es que la pobre leía muchos versos á escondidas del horticultor, el cual, en materia de poesía, no conocía más que los dísticos de los almanaques alusivos al tiempo.

Sin poder elegir, glotonamente, la infeliz devoraba los peores poemas, con tal de que en estos encontrara rimas de amor y de pasión; luego cerraba el libro y pasaba las horas muertas soñando despierta y suspirando: "¡Este es el marido que yo necesitaba!"

Probablemente todo eso se hubiera quedado en el estado de las vagas aspiraciones, si en el momento, terrible para las mujeres, de los treinta años, que es la edad decisiva para la virtud de la mujer, como el mediodía es la hora decisiva para la belleza del día, no se hubiese encontrado en su camino al irresistible Amaury. Amaury es un poeta de salón, uno de esos exaltados, de frac y guante blanco, que van entre diez y doce de la noche á contar en sociedad sus éxtasis de amor, sus desesperaciones, sus embriagueces, melancólicamente apoyados en las chimeneas, á la luz de las arañas y candelabros, mientras las mujeres, en traje de baile, los escuchan, sentadas formando círculo, extasiadas detrás de sus abanicos.

Amaury pasaba por ser el ideal del género. Cabeza de zapatero fatal, ojos hundidos, color pálido, peinado á la rusa y muy untado el pelo con pomada húngara. Es uno de esos desesperados de la vida, como gustan á las damas, siempre vestidos á la última moda; un lírico puesto á enfriar, en quien el desorden de la inspiración sólo se adivina por el lazo un poco flojo de la corbata, hecho descuidadamente. Así es que son admirables sus éxitos cuando con voz estridente recita una tirada de su poema *El Credo del amor*. Sobre todo, aquella que termina con este verso asombroso

¡Yo creo en el amor como creo en Dios!

Observad que, no sé por qué, sospecho que á ese farsante le tiene tan sin cuidado Dios como todo lo demás; pero las mujeres no se paran en tan poca cosa. Se dejan impresionar fácilmente por el sonido de las palabras, y cada vez que Amaury recita su *Credo del Amor*, estad seguros de ver alrededor del salón boquitas sonrosadas que se abren y se dirigen como á tragar ese fácil anzuelo del sentimiento. ¡Ahí es nada! ¡Un poeta que tiene un bigote tan bonito y que cree en el amor como cree en Dios!.....

La mujer de nuestro jardinero no se le resistió. En tres sesiones fué vencida. Solamente que, como había en el fondo de aquella naturaleza elegiaca algo de honrado y altivo, no quiso cometer una falta mezquina. Además, en su *Credo* el poeta mismo declaraba que no comprendía más que una clase de adulterio: aquel que camina con la cabeza erguida, desafiando á la ley y á la sociedad. Tomando, pues, el *Credo del Amor* por guía, la joven se evadió bruscamente del jardín de Auteuil, y fué á echarse en brazos de su poeta. — "No puedo vivir más con ese hombre. ¡Llévame!" En casos así, el marido se llama siempre *ese hombre*, aunque sea jardinero por afición.

Amaury tuvo un momento de estupor. ¿Cómo imaginarse que una mujer de treinta años tomaría por lo serio un poema de amor y lo seguiría al pie de la letra? Sin embargo, puso á mal tiempo buena cara; y como en su jardincito de Auteuil, tan bien resguardado, la muchacha se había conservado fresca y bonita, se la llevó sin murmurar. Los primeros días, aquello fué delicioso. Temían las persecuciones del marido. Fué necesario ocultarse con nombres supuestos, cambiar de fonda, vivir en barrios inverosímiles, en las afueras de París, en los últimos rincones. Al anochecer salían furtivamente, daban paseos sentimentales por las fortificaciones. ¡Oh poder del romanticismo! Cuanto más miedo tenía ella, cuantas más precauciones eran necesarias y más balcones cerrados y más persianas corridas, más grande le parecía su poeta. Por la noche abría la ventana de su habitación, y contemplando las estrellas que se veían más allá de los faroles del ferro-

carril, próximo á la casa donde vivían, élla le hacía recitar sus versos.

¡Y era tan bueno!

Desgraciadamente aquello no duró mucho. El marido les dejó en paz. ¿Qué queréis? Aquel hombre era filósofo. Cuando su mujer se hubo marchado, él cerró la puerta de su oasis, y siguió dedicándose á criar rosales, pensando que afortunadamente las plantas echan raíces muy hondas, se agarran á la tierra y no se pueden marchar tan fácilmente. Nuestros enamorados, ya tranquilos, volvieron á París, y de pronto parecióle á la joven que se le habían llevado su poeta y le había traído otro poeta. La fuga, los temores de ser sorprendidos, las perpetuas alarmas, todas esas cosas que mantenían viva su pasión, ya no existían, y entonces comenzó á comprender, á ver claro. Además, á cada instante, en la instalación de su casita y en esos mil pormenores burgueses de la vida íntima, el hombre con quien vivía se se daba á conocer mejor.

Lo poco que había en él de sentimientos generosos, heroicos ó delicados, lo había desleído en sus versos, sin quedarse con nada para su consumo particular. Era mezquino, egoísta y, sobre todo, roñoso, que es cosa que el amor no perdona. Además, se había afeitado el bigote, y aquel difraz le sentaba muy mal. ¡Qué diferencia con aquel sedoso y rizado bigote que se le había aparecido una noche, recitando su *Credo* entre dos candelabros! Ahora, en el forzoso retiro que sufría por culpa suya, se entregaba á toda clase de manías, la mayor de las cuales era la de creerse siempre enfermo. ¡Diablos! A fuerza de hacerse siempre el tísico, acaba uno por imaginarse que efectivamente lo está. El poeta Amaury era aficionado á las tisanas, se envolvía en papel Fayard y llenaba la chimenea de frascos y de botes. Durante algún tiempo, la pobre mujer tomó en serio su papel de Hermana de la Caridad. La abnegación daba al menos una excusa á su falta, un objetivo á su vida. Pero se cansó pronto. A su pesar, en la ahogada habitación donde el poeta se envolvía en franela, pensaba ella en su perfumado jardín; y el buen jardinero, visto de lejos, rodeado de sus arriates de macetas, y hasta de sus hortalizas, le parecía tan sencillo, conmovedor, desinteresado como egoísta y exigente el otro.

Al cabo de un mes amaba á su marido, y lo amaba realmente, no por afecto impuesto por la costumbre, sino con verdadero amor. Un día le escribió una extensa carta, apasionada, de arrepentimiento. El no contestó. Tal vez no creyera que estaba todavía bastante castigada.

Entonces ella envió cartas y más cartas; se humilló, suplicó que la dejase volver á su hogar, diciendo que preferiría morir á vivir con aquel hombre. Ahora le tocaba al amante ser *ese hombre*. Lo raro es que se escondía de él para escribir; porque creía que aún estaba enamorado de ella, y aunque pedía perdón á su marido, temía la exaltación de su amante.

«Jamás dejaré que me vaya», le decía.

Así es que cuando, á fuerza de ruegos, obtuvo su perdón, y el jardinero — ¿no os he dicho que era un filósofo? — consintió que volviese á vivir con él, aquella vuelta al hogar conyugal tuvo todos los aspectos misteriosos y dramáticos de una fuga. Positivamente hizo que su marido la robase. Fué su último goce de culpable. Una noche que el poeta, harto de la vida en común y muy orgulloso con su bigote, ya crecido de nuevo, se fué á una reunión á recitar su *Credo del Amor*, ella se metió en un carruaje, en el cual la esperaba su marido en la esquina de la calle y así regresó á su jardincito de Auteuil, curada para siempre de la ambición de ser la mujer de un poeta.....

¡Es verdad que aquel poeta era tan poco poeta!

ALFONSO DAUDET.